

setiembre, no permitiéndole el tiempo llegar hasta Marsella. (Zurita, l. xix, c. 51.)

Este Colon es evidentemente el gefe naval, de quien dice lo siguiente Jaques Georges Chaufepies en su suplemento á Bayle (vol. n, p. 126): «No sé qué mérito deba hacerse de un hecho referido en la Ducatiana (part. I, p. 143), de que Colon era en 1474 capitán de varios buques de Luis XI, y que como los españoles habian hecho una irrupcion en el Rossellon, pensó que por via de represalia, y sin contravenir á la paz entre las dos coronas, podía echar á pique los buques españoles. Atacó por consiguiente dos galeras de aquella nacion, cargadas por cuenta de varios individuos. Habiéndose dado quejas de esta accion al rey Fernando, escribió sobre ello á Luis XI: su carta es de 9 de diciembre de 1474. Fernando llama á Cristóbal Colon, súbdito de Luis; y esto porque, como es bien sabido, era Colon genovés, y Luis, soberano de Génova; aunque la ciudad de Saona la tuviese en feudo el duque de Milan.»

Es muy probable que la escuadra de este mismo Colon fuese la que apareció en lavante en 1475 y 1476; y en una ocasion atacó la escuadra veneciana estacionada para proteger la isla de Cipre; sobre lo que escribieron dos caballeros milaneses al duque de Milan, en carta de 1476, citada por Bossi, y despues por Spotorno.

El sobrino de este Colon, llamado por los españoles Colorado el Mozo, mandó tambien algunos años despues una escuadra al servicio de Francia, y se hizo formidable en el Mediterráneo, como se verá en una ilustracion subsiguiente. Los nombres de estos dos Colombos, tio y sobrino, aparecen vagamente á ciertos intervalos en el período oscuro de la vida del Almirante; por lo que lo han confundido con su nombre los historiadores. Fernando Colon dice que su padre navegó algunos años con Colombo el Mozo. Es probable que en varias ocasiones tuviese mando inferior en las escuadras de tio y sobrino, y que se hubiese hallado en las funciones citadas antes.

NUMERO 7.

ESPECION DE JUAN DE ANJOU.

TENDRIA Colon unos veinte y cuatro años cuando se vió su ciudad nativa en gran peligro por la amenazada invasion de Alfonso V de Aragon, rey de Nápoles. Hallándose demasiado débil para resistir á tal enemigo, y habiendo pedido en vano ayuda á la Italia, se puso bajo la proteccion de Carlos VII de Francia. Aquel monarca envió á su favor á Juan de Anjou, hijo de René ó Renato, rey de Nápoles, que se habia visto desposeido de su corona por Alfonso Juan de Anjou, llamado tambien duque de Calabria, inmediatamente tomó el mando de la ciudad, reparó sus murallas, y fortificó la entrada del puerto con cadenas. Entre tanto habia preparado Alfonso numerosas fuerzas de tierra, y juntado una armada de veinte bajeles y diez galeras en Ancona, en las fronteras de Génova. La situacion de esta última ciudad se consideraba como eminentemente peligrosa, cuando Alfonso cayó repentinamente enfermo de calenturas, y murió, dejando los reinos de Aragon y Sicilia á su hermano Juan, y el reino de Nápoles á su hijo Fernando.

La muerte de Alfonso, y la division de sus dominios, al paso que aliviaron el temor de los genoveses, hicieron nacer nuevas esperanzas en la casa de Anjou; y el duque Juan, animado por emisarios de algunos partidarios poderosos de la nobleza napolitana, determinó hacer un movimiento osado sobre Nápoles para el recobro de la corona. Los genoveses entraron con espíritu en su causa, dándole naves y dinero. Su padre René ó Renato armó doce galeras para la expedicion en el puerto de Marsella,

y le envió promesas de proveerlo abundantemente de dinero y de procurarle la ayuda del rey de Francia. La naturaleza brillante de tal empresa atraía á los audaces é inquietos espíritus de aquellos tiempos. La nobleza y caballería, los soldados de la fortuna, los reacios corsarios, los osados aventureros, los ansiosos mercenarios, se alistaron bajo las banderas del duque de Calabria. Dicen los historiadores que Colou sirvió en la armada genovesa en una escuadra mandada por uno de sus parientes los Colombos.

Zarpó la expedicion contra Nápoles en octubre de 1459, y llegó enfrente de Sessa, entre las bocas del Garigliano y del Volturno. La noticia de su llegada fue la señal de una revolucion universal; los facciosos barones y sus vasallos se apresuraron á juntarse con Anjou; y pronto tuvo el duque á su mando las mas bellas provincias napolitanas, y con su ejército y escuadra amenazaba hasta la capital de Nápoles.

En la historia de esta expedicion se encuentra una accion peligrosa en la escuadra en que iba Colon.



Carlos VII rey de Francia.

El ejército de Juan de Anjou; acometido por una fuerza superior, se vió en mucho riesgo en las bocas del Sarno. En esta crítica coyuntura el capitán de la armada desembarcó con su gente y ocupó las cercanías, esperando despertar en el pueblo su primer entusiasmo por la bandera de Anjou, y quizá tomar á Nápoles por sorpresa. Las tropas de mar del enemigo salieron contra ellos. Teniendo los de Anjou poca disciplina militar y mucha disposicion libre de la que suelen los aventureros marítimos, se habian repartido por los campos, ocupándose principalmente del botín. Los atacó y derrotó la infantería, quedando muchos muertos y otros heridos. Queriendo refugiarse en los buques, hallaron bloqueados los caminos por el paisanaje de Sorrento, que los asaltó é hizo en ellos terrible carnicería. Ya su fuga llegó á ser ciega y desesperada hasta el punto de que muchos, sobrecogidos del frenesí del terror, se arrojaron al mar desde las rocas y precipicios, pero poquíssimos volvieron á los buques.

En los cuatro años que duró la lucha de Juan de Anjou por la corona de Nápoles, pareció alguna vez que le favorecía la fortuna y que habia logrado su presa; pero sucedieron reveses, le derrotaron en varios puntos; los nobles sublevados desertaron uno

á uno, y volvieron á someterse á Alfonso, y el duque se vió finalmente obligado á la isla de Ischia. Allí permaneció por algun tiempo, guardado por ocho galeras, que al mismo tiempo incomodaban mucho la bahía de Nápoles. En esta escuadra, que le siguió lealmente hasta que abandonó su empresa, se supone que pudo Colon haber servido.

NUMERO 8.

CAPTURA DE LAS GALERAS VENECIANAS POR COLON EL MOZO.

Como la relacion de la batalla naval, por la cual Fernando Colon dice que fue su padre arrojado á las costas de Portugal, ha sido adoptada por varios historiadores respetables, es preciso dar las razones que desacreditan este hecho.

Dice Fernando que fue en una accion referida por Marco Antonio Sibelico, en el octavo libro de su dé-

cima década; que la escuadra en que servía Colon, la mandaba un famoso corsario llamado Colombo el Mozo, y que se envió una embajada de Venecia á dar gracias al rey de Portugal por el socorro administrado á los capitanes venecianos y sus tripulaciones. Todo esto lo recuerda ciertamente Sabellicus; pero la batalla se dió en 1485, un año despues que Colon habia salido ya de Portugal. Zurita en sus Anales de Aragon, y en data de 1485, hace mérito de la misma accion (l. xx, c. 64); «Por entonces, dice, cuatro galeras venecianas salieron de la isla de Cádiz y tomaron el derrotero de Flandes; iban cargadas de mercancías de levante, especialmente de la isla de Sicilia, y pasando por el cabo de San Vicente, fueron atacadas por un corsario francés, hijo del capitán Colon, que tenia siete bajeles en su armada, y las galeras se capturaron el 21 de agosto.»

En la vida del rey Juan II de Portugal, se refiere mucho mas menudamente por García de Resende que tambien la recuerda como sucedida en 1485



Dice que las galeras venecianas fueron apresadas y robadas y por los franceses; y los capitanes y gente heridos, robados y maltratados se arrojaron á la costa de Cascaes. Allí los socorrió doña Maria de Meneses, condesa de Monsanto. Cuando el rey Juan II oyó esta circunstancia, sintiendo mucho que tal caso hubiese sucedido en sus costas, y estando dispuesto á manifestar su amistad á la república de Venecia, mandó que se proveyese á los capitanes de ricos vestidos; y se les diesen caballos y mulas para que vienesen á presentarse de un modo digno de ellos y de su patria. Los recibió con mucha bondad y distincion, expresándose con regia cortesía con respecto á ellos y á la república de Venecia, y habiendo oido la relacion que le hicieron de la batalla, y de la deplorable situacion en que se hallaban, les dió una grande suma de dineros para rescatar sus galeras de los corsarios franceses. Estos mudaron todas las mercancías á bordo de sus buques; pero el rey Juan prohibió que se comprase ninguna parte de ellas en sus dominios. Habiendo socorrido y aliviado tan generosamente á los capitanes, y satisfecho la necesidad de las tripulaciones, los puso en estado de volver á Venecia en sus propias galeras.

Los dignatarios de la república se movieron tanto de esta munificencia del rey Juan, que le enviaron una pomposa embajada con ricos presentes y expresiones de gratitud. Gerónimo Donato, hombre eminente por su sabiduría y elocuencia, fue el encarga-

do de esta mision. Le recibió honrosamente el rey D. Juan, y le despidió colmándole de grandes presentes, entre los cuales habia palafrenes y mulas con suntuosos arreos, y muchos esclavos negros ricamente vestidos.

La historia de esta accion, segun Sabellicus en la de Venecia, es así:

«Erano andate quatro Galee, delle quali Bartolomeo Minio era capitano. Queste navigando per l'iberico mare, Colombo il più giovane, nipote di quel Colombo famoso corsale, fecesi incontro á Venetiani di notte appresso il sacro Promontorio, che chiamasi hora Capo di San Vincenzo, con sette navi guernite da combattere. Egli quantunque nel primo incontro avesse seco disposto d'opprimere le navi Veneziane, se ritenne però dal combattere sin il giorno, tuttavia per esser alla battaglia più acconcio così le seguia, che le prode del corsale toccavano le poppe d'Veneziani, Venuto il giorno, incontanente i Barbari diedero l'assalto, sostennero i Veneziani allora l'empito del nemico, per numero delle navi e d' combattenti superiore, e duró il conflitto atroce per molte ore. Rare fiate fu combattuto contro simile nemici con tanta uccisione, perché a pena si constuma d'attacarsi contro di loro se non per occasione. Affermano alcuni, che vi furono presenti, esser morti delle ciurme Veniziani de trecento uomini.

«Altri dicono che fu mero. Mori in quella zuffa